TRAS SIETE AÑOS DE VIDA, EDITORIAL MONG SL, LA EMPRESA EDITORA DE 'MONGOLIA', cuenta, al fin, con gerente, dentro del plan de profesionalización lanzado en 2018. El proceso de selección, que arrancó con una convocatoria para cubrir el puesto desde las mismas páginas de la revista, ha culminado con la incorporación de Patricia Magdaleno este mes de marzo. Magdaleno, nacida en Segovia, es licenciada en Ciencias Económicas y Empresariales por la Universidad de Valladolid y tiene veinticinco años de experiencia como directiva, primero en el sector financiero y luego en el de la salud.

Reality news

EL ESPACIO DE MONGOLIA PARA LAS NOTICIAS REALES

A PARTIR DE AQUÍ, SI SE RÍE ES COSA SUYA

MONTSERRAT, DEL MITO AL DELITO

El monasterio benedictino está ahora en el ojo del huracán por las denuncias de abusos sexuales, encubiertas por hasta tres abades desde los años setenta. El especial simbolismo político de la «montaña santa» provocó reacciones furibundas del 'statu quo', comandadas por 'La Vanguardia', ante las informaciones periodísticas que podían haber hecho saltar las alarmas al menos desde el año 2000.

POR LEÓN SEGUÍ

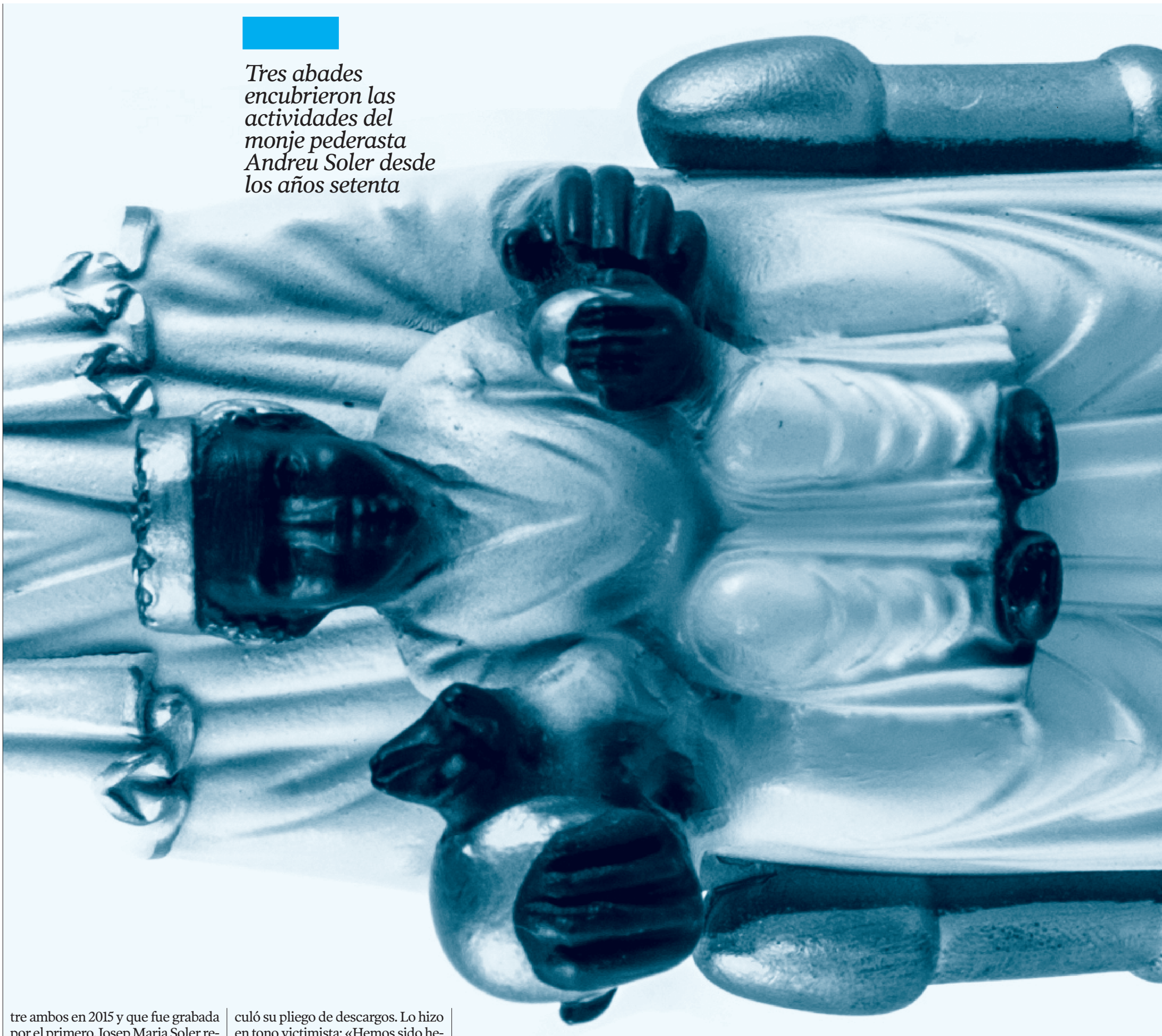
El viernes 27 de octubre del 2000, el conde de Godó, acompañado del entonces director de su diario, el ahora independentista José Antich, y Enric Juliana, en aquellos momentos subdirector y vaticanista de cabecera de *La Vanguardia*, compartieron refectorio con los monjes de Montserrat. El motivo de la ascensión a la montaña santa era entregar al abad, Josep Maria Soler, los 13,5 millones de pesetas recaudados por la venta del disco *Ajudem Montserrat*, editado para contribuir a la reconstrucción de los daños ocasionados por un temporal unas semanas antes. No sospechaban que al día siguiente *El País* publicaría una amplia información sobre la crisis abierta en el monasterio que se tradujo en los relevos de dos abades —Cassià Just, en 1989, y Sebastià Bardolet, en mayo del 2000—, en denuncias de autoritarismo en la comunidad, así como en la controversia suscitada por las explícitas manifestaciones de sexualidad de un grupo de monjes.

Numerosos medios de comunicación se hicieron eco de la información. El mismísimo *president*, Jordi Pujol, estaba al corriente de la situación en el monasterio, advertido por algunos de sus colaboradores más próximos, como el entonces secretario general de Convergència Democràtica (CDC, germen del actual PDeCAT), Pere Esteve, o su asesor en el Palau de la Generalitat, Albert Manent. Desde CiU se criticó lo publicado. El nacionalismo moderado dio credibilidad a la denuncia formulada por un grupo de monjes. En el monasterio hubo represalias y destierros. El prestigioso teólogo Evangelista Vilanova fue enviado al centro Borja, de la Compañía de Jesús y próximo a Barcelona. Al historiador Hilari Raguer se le destinó al monasterio del Miracle, en Solsona, el corazón de la vieja Cataluña carlista.

La información en cuestión se limitaba a describir el malestar en la comunidad, sin entrar en asuntos de abusos a menores ni de monjes que habían colgado los hábitos al sentirse presionados por el ambiente reinante en la comunidad. Los miembros críticos con el abad subrayaban lo difícil que se hacía observar la vida monástica en un grupo de varias decenas de personas, cuando algunos de sus integrantes hacían manifestaciones de su sexualidad. Pero en aquellos años nadie fue más allá. No querían dañar un símbolo de catalanidad como Montserrat y muchos desistían de explicar la situación. Miguel Hurtado, el primer denunciante de abusos en Montserrat de la decena ya existente, afirmó recientemente que la lectura de esa información del año 2000 le interpeló sobre la necesidad de exponer las prácticas a que era sometido cuando tenía dieciséis años por el monje entonces responsable de los *scouts* de Montserrat, Andreu Soler. El abad actual conocía los abusos. En diciembre de 2000 envió una carta a la familia del joven Hurtado en la que se comprometía a investigar «a fondo» esta cuestión. «Me dijeron que había rumores de que había relaciones homosexuales. Pero eran rumores», le dijo el abad a Hurtado en una entrevista mantenida en-

SERÁ CRISTIANA O NO SERÁ

Tres abades encubrieron las actividades del monje pederasta Andreu Soler desde los años setenta



tre ambos en 2015 y que fue grabada por el primero. Josep Maria Soler revela que encontró oposición interna al destierro del monje que había abusado del entonces menor y que decidió enviarlo a El Miracle. El abad no investigó, no comunicó nada al Vaticano, a lo que estaba obligado desde 2001. Tampoco, por supuesto, transmitió la denuncia a la justicia civil. Tres abades encubrieron, pues, las actividades del monje pederasta Andreu Soler desde los setenta.

Pero Montserrat era intocable y las informaciones sobre lo que sucedía dentro del monasterio eran minimizadas en aras del pasado antifranquista. Todo ello servía en bandeja la oportunidad para que el diario de Godó se erigiera en puente moderador, satisfaciendo su afán por lograr una suerte de entente entre Cataluña y los antiguos Estados Pontificios. Así, una semana después de que se hiciera pública la crisis del año 2000, el rotativo que dirigía José Antich entrevistó al abad de Montserrat, Josep Maria Soler, el mismo que ocultaba los casos de pederastia. Soler vehículo su pliego de descargos. Lo hizo en tono victimista: «Hemos sido heridos, vivimos en una sociedad obsesionada por el sexo» o «también los nazis se burlaban del celibato para desprestigiar a la Iglesia». *La Vanguardia* había guardado «un paciente silencio». Se había resistido a dar pábulo a la algarada informativa que hablaba críticamente de lo que sucedía en Montserrat. En una nota que acompañaba a la entrevista del vaticanista Juliana se afirmaba que «el informe [de *El País*] mereció el interés de la radio y la televisión públicas y al día siguiente los demás periódicos se hicieron eco de esas tesis. Menos uno: *La Vanguardia*. Deliberadamente nuestro diario se ha mantenido al margen de la polémica al no disponer de datos veraces [...] Aportamos hoy la mirada de abad Josep Maria Soler». La prudencia y la sensatez al servicio del poder.

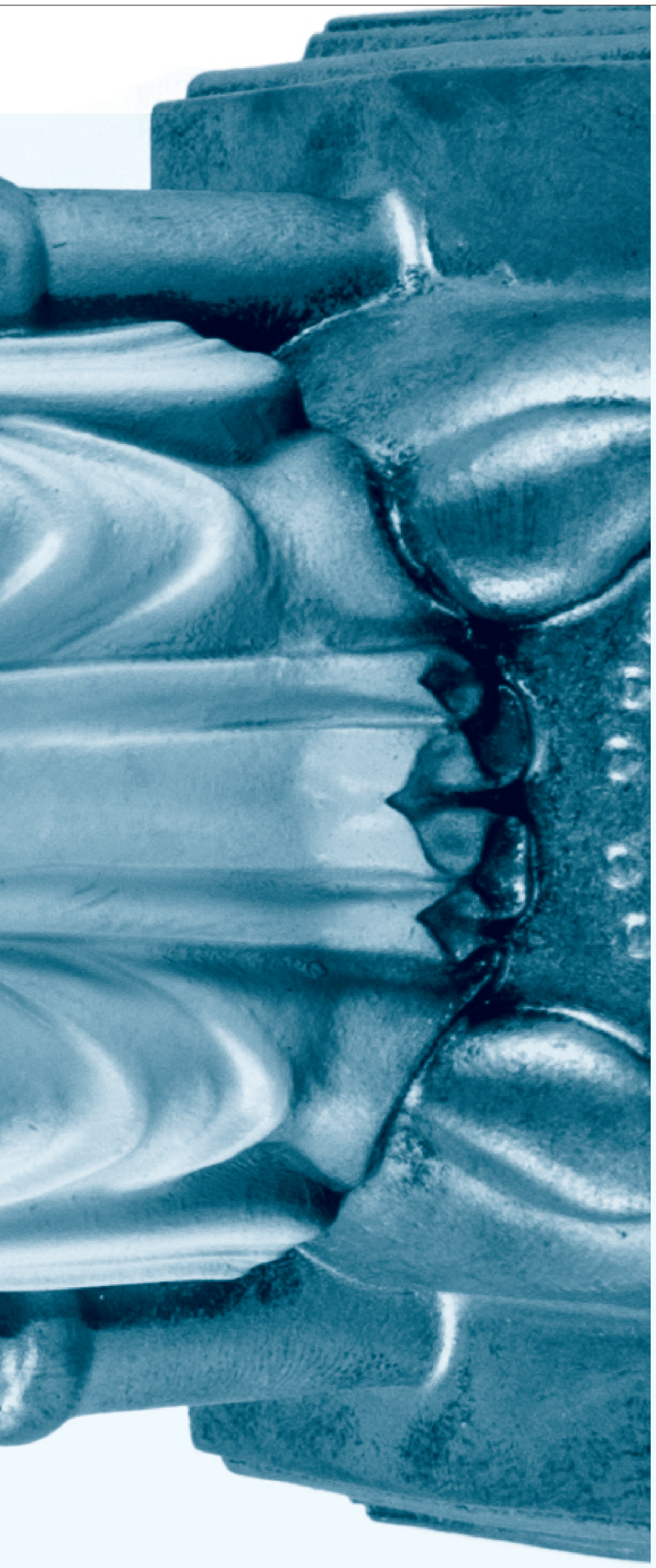
Al día siguiente de la entrevista al abad, *La Vanguardia* daba cuenta de la «espléndida jornada» que se había vivido un Montserrat, en un domingo en que «las carreteras de acceso

Una noticia de 'El País' provocó una respuesta furibunda del 'statu quo' y castigos a monjes

El Vaticano consideró innecesario enviar un visitador apostólico a Montserrat

volvieron a colapsarse, mientras el teleférico no daba abasto para atender a visitantes y turistas». El texto traía a la memoria los antológicos comentarios de las páginas de hueco de *Abc*, cuando el vetusto rotativo fundado por los Luca de Tena aseguraba que su centralita telefónica se había colapsado por centenares de llamadas que resultaban ser de adhesión inquebrantable a las tesis del diario de la calle de Serrano. El rotativo del conde de Godó había alcanzado sus últimos objetivos. La verdad triunfaba y enterraba las turbias maniobras de la masonería internacional. Para rematar el clavo, unos días después —a mediados de noviembre de 2000— en otra crónica rebosante de *finezza*, el periódico de los Godó daba cuenta de que el Vaticano había expresado su absoluta confianza al abad de Montserrat. El acto de fe se había producido en una discreta reunión que Josep Maria Soler mantuvo con el cardenal riojano Eduardo Martínez Somalo, prefecto de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica. El Vaticano consideraba innecesario enviar un visitador apostólico a Montserrat.

La consigna era echar tierra sobre el asunto, como hacían las inspecciones de la provincia de Subiaco. Ni Denis Huerre, en 1987, ni Thierry Portevin, en 1999, hallaron irregularidades en Montserrat, a pesar de que algunos monjes les habían hecho llegar sus denuncias, sobre la continuidad de los abades y la situación dentro del monasterio. Lo único que trascendió públicamente de estas inspecciones era que nada sucedía y que la información crítica era falsa, lo que no sorprende vistos los centenares o miles de casos de pederastia denunciados. La realidad se ha encargado de convertir a una jerarquía eclesial encubridora de delitos



en cualquier cosa menos en un referente moral que persiga la verdad.

La campaña en defensa del *statu quo* de Montserrat en el 2000 contó con una carta firmada por cristianos progresistas, como Maria Lluïsa Oliveres, y líderes históricos de la izquierda socialista y comunista catalana, como Joan Reventós (PSC) o Antoni Gutiérrez Díaz (PSUC). Defendían el buen nombre del monasterio y denunciaban lo que consideraban una campaña de difamación. La concurrencia de la izquierda cerraba el círculo: el Vaticano, Montserrat y la izquierda hacían causa común. Antoni Gutiérrez confesaría posteriormente que firmó la carta porque estaba en deuda con Montserrat por el papel que jugó durante el franquismo, albergando expresiones de oposición política y dando cobijo a una izquierda perseguida ferozmente por la dictadura.

Aunque tanto el nuncio de la Santa Sede en España, Manuel Monteiro, como el arzobispo de Barcelona, el cardenal Ricard Maria Carles, estaban al corriente de lo que sucedía en el monasterio, no movieron un solo dedo, al igual que el ya citado abad Josep Maria Soler. Ignorar las denuncias es el primer paso para negar su existencia.

Los monjes críticos eran, según la jerarquía eclesial, elementos resentidos de poco fiar, mientras que para un sector de cristianos progresistas eran unos intolerantes y homófobos. Había que negar la discrepancia, atribuirla a una minoría, que actuaba como agente del anticlericalismo, y lograr que los disidentes confesaran. Por eso la jerarquía eclesial buscó complicidades para blanquear la imagen exterior mientras en el interior se procedía a la purga del crítico. Así, cuando los delegados episcopales de toda Cataluña se solidarizaban con el abad y sus monjes en favor del buen nombre de Montserrat, el historiador Hilari Raguer recibía invitaciones a la confesión pública y, en represalia por no hacerlas, era desterrado a El Miracle, donde se declaró en huelga de hambre, aseguran algunas fuentes, hasta que de nuevo fue readmitido en Montserrat. Raguer, un hombre bregado en el antifranquismo, había pasado un consejo de guerra mientras hacía el servicio militar al ser detenido durante la huelga de tranvías de 1951 en Barcelona. Ese espíritu combativo no era el del teólogo Evangelista Vilanova, quien somatizó su exilio forzoso en Sant Cugat y el vacío de cuatro años que le hicieron hasta su muerte al volver a Montserrat.

'La Vanguardia' de Antich alardeaba de ocultar deliberadamente informaciones críticas

A la vista de lo sucedido cobran más interés que nunca análisis como los del sociólogo francés Frédéric Martel, quien explica en su obra *Sodoma. Poder y escándalo en el Vaticano* que la cultura eclesiástica del secreto derivada de la necesidad de mantener oculta la homosexualidad protege a los abusadores de menores. «En la gran mayoría de los casos», aseguraba Martel en una reciente entrevista, «los obispos que protegen a los abusadores se protegen a sí mismos. Tienen miedo. Pienso que la gran mayoría de obispos que protegen a sacerdotes pedófilos son homosexuales». Al contrario de lo que sucedía en Montserrat, según las informaciones hechas entonces públicas, los homosexuales en la Iglesia diocesana no actúan como un *lobby*, sino como una mayoría silenciosa, afirma el sociólogo. Para llegar a sus conclusiones, el sociólogo francés —especialista en el movimiento gay— entrevistó a 41 cardenales, 52 obispos, nuncios apostólicos y más de 200 sacerdotes y seminaristas. Y llega a la conclusión de que son homosexuales una gran mayoría de jerarcas en el Vaticano. Es más, la mayoría de los doce cardenales que rodeaban al conservador Juan Pablo II participaban de esta orientación. Martel analiza la curia vaticana y la Iglesia diocesana, la que está repartida en parroquias y en relación directa con los creyentes, no la de los religiosos. El caso es que en la vida monacal determinadas expresiones y manifestaciones de sexualidad, al hacerse en un ambiente común y reducido, pueden hacer el ambiente irrespirable.

En el año 2000 todo estaba muy verde y apenas se pudo profundizar en las denuncias. Algunos periodistas aprovecharon la ocasión para hacer exactamente la contrario: sirvieron al poder, recubriéndose del manto de sus grandes conocimientos eclesiásticos y de asuntos vaticanos. Una tarea nada fácil en el rotativo del Conde de Godó, muy ducho en derecho canónico por su experiencia en anulaciones matrimoniales. ✷

BERTONE

UN PURPURADO INMORAL

El Grupo Godó concedió el Premio Conde de Barcelona 2011 al cardenal Tarcisio Bertone, un ambicioso e influyente miembro de la curia vaticana. El jurado, presidido por el rey Juan Carlos I, otorgó el galardón al entonces secretario de Estado del papa Benedicto XVI por su «templanza, prudencia y espíritu de apertura en afinada sintonía con el papa». El jurado también subrayaba el «buen talante» de Bertone con la sociedad catalana. «Ha contribuido a robustecer los viejos puentes de la sociedad catalana con Roma con la magnífica visita de Benedicto XVI a Barcelona, la consagración del templo de la Sagrada Familia, emocionante ceremonia en la que el mundo tuvo noticia de la obra de Antoni Gaudí, así como de la lengua y la cultura catalanas. Esa cordial comprensión de Cataluña viene acompañada por una antigua amistad del cardenal Bertone con el monasterio de Montserrat y con el arzobispo de Barcelona», afirmaba el hagiográfico fallo del jurado. Una pluma fina, que merecería ser la de san Josemaría Escrivá de Balaguer, se adivinaba en esa glosa destinada a Bertone, entonces número dos del ministerio petrino. Bertone era entonces el equivalente a un primer ministro de los Estados Pontificios. El purpurado era el hombre que concentraba más poder e información en el Vaticano. Los promotores de la iniciativa trataron de que la entrega del premio fuera en Montserrat. Había que sellar varios compromisos históricos: el de Cataluña con el Vaticano, el de 'La Vanguardia' como interlocutor entre el poder civil y eclesiástico, y el de Cataluña con España, no en vano el Rey era quien presidía la ceremonia. Se trataba de hacer un 'aggiornamento' de las prácticas del abad Escarré, capaz de hacer entrar a Franco bajo palio en Montserrat y a los pocos años aparecer como un crítico de la dictadura. Pero la iniciativa fracasó escenográficamente y el acto acabó desarrollándose en el Real Monasterio de Pedralbes.

Después de la pompa y el boato con que el Grupo Godó agasajó hasta el sonrojo a Bertone, llegó la sorpresa que no lo era tanto. En el libro publicado en 2010 'The case of the Pope Vatican Accountability for Human Rights Abuse', el abogado y especialista en derechos humanos Geoffrey Robertson ya polemizaba con Bertone sobre el hecho de que un obispo tenga que denunciar a un sacerdote a la policía si es abusador de menores: «Si un sacerdote no puede confiar en su obispo por temor a ser denunciado significará que ya no hay libertad de conciencia», sostenía entonces el purpurado. Con semejantes precedentes, no podía defraudar el cardenal. Cuando fue relevado por el papa Francisco, ya en 2013, se retiró a un humilde ático de 600 metros cuadrados y 100 metros de terraza, desde la que se divisa la totalidad de los Estados Pontificios. Este piamontés con ostentoso gusto romano remozó su modesta vivienda gracias a 422.005 euros procedentes del hospital infantil Bambino Gesù. Pero no fue condenado por la «justicia vaticana». Ni tan solo se sabe si devolvió el dinero distraído por ese lujoso dúplex en el que viven el propio Bertone y las tres monjas de servicio que le acompañan. El abogado del ex secretario de Estado explicó que el ático tenía una función social: iba a ser el escenario de cenas o reuniones para recaudar fondos para el hospital pediátrico al que desplumó Bertone. Vamos, un ejemplo.